

— Estais pronto á mendigar si es necesario vuestro pan de puerta en puerta por el amor de Jesucristo? Responded.

— Sí.

— Estais dispuesto á vivir en cualquier pais del mundo y llenar sea cual fuese el empleo que los superiores juzgarán seros mas útil para la mayor gloria de Dios y salud de las almas?

— Sí.

— Estais resuelto á obedecer á los superiores que ocupan para vos el lugar de Dios, en todas aquellas cosas en que vos no juzgueis la conciencia herida por el pecado?

— Sí.

— Os sentís generosamente determinado á rechazar con horror y sin escepcion todo aquello que los hombres, esclavos de las mundanas preocupaciones, aman y abrazan: y quereis aceptar, desear con todas vuestras fuerzas lo que Jesucristo nuestro Señor amó y abrazó?

— Sí.

— Consentís en vestiros la librea de ignominia que él llevó; en sufrir como él, por amor y por respeto hacia él, los oprobios, los falsos testimonios y las injurias, sin no obstante haber dado á ello motivo?

— Sí.

Entonces el que ha hecho estas preguntas al extranjero, pone un libro en las manos del interrogado.

Es el libro de los *Ejercicios*.

Treinta dias marca el libro al hombre para ser transformado.

Empiezan los ejercicios de la primera semana.

Un hombre seguia un tortuoso camino en la vida, se estraviaba por sendas erradas á través de las locas opiniones y de pasiones desordenadas. La ambicion, los mas vivos afectos de la juventud, los mismos triunfos acaso han deramado sobre él todo el tesoro de sus goces, tesoro que ha completamente agotado. Triste y cabizbajo, se sienta á orillas del camino, como un viajero cansado y exhausto; entra en reflexiones consigo mismo, y siente la necesidad, la necesidad irresistible de encontrar algo mejor, de ir al encuentro de ese bienestar cuya ausencia le aflige.

Entonces busca á Dios, y huye á refugiarse, pobre náufrago de la vida, al puerto tranquilo, á la soledad donde el Señor le llama para hablar á su corazón. Presa de un deseo indefinible, ha roto por un generoso esfuerzo todos los lazos que le unian al mundo. Noble esfuerzo el de arrancarse á un mundo,

cuyos estravios tanto se deploran pero que al mismo tiempo tanto se aman!

Un mal enemigo, un tirano oprime al hombre: el pecado. Para romper este yugo, y tambien para espiar el demasiado largo imperio del mal, el atleta de los *Ejercicios espirituales* se armará hasta desu misma humillacion y de sus mas dolorosos recuerdos: con la antorcha de las justicias divinas en la mano, descenderá á las profundidades de su conciencia, recorrerá con escrutadora mirada las huellas vergonzosas impresas por la iniquidad sobre todo su ser en el curso de los años transcurridos, y permitirá que la reflexion, como el arado que abre surcos en el campo, recorra punto por punto todo su pasado.

Este examen de conciencia lo hará de dia y de noche, á todas horas. San Ignacio quiere que, en medio de la noche, como en otro tiempo los ilustres penitentes del desierto, el solitario de los *Ejercicios* sea llamado del sueño al combate.

Tales son los trabajos de la primera semana.

Empieza la segunda. Cuando el alma ha concebido un horror profundo por el mal que la degrada, Jesucristo se presenta ante ella como un rey triunfante y victorioso, como un sublime capitán que marcha á la conquista de las naciones.

Todos los magníficos y épicos misterios de la historia evanjélica se desarrollan sucesivamente y pasan en divino panorama por delante de los ojos del solitario, que desde el fondo y en el recojimiento de su celda medita los actos venerandos de la vida del Salvador.

La tercera semana comienza. Dos vastos campamentos se ofrecen á las miradas, dos estandartes, dos ejércitos, dos espíritus. Satan, el príncipe del mundo, aparece en Babilonia. El ruido, la agitacion, el desorden, un falso brillo le rodean. Sobre su bandera, en caracteres de fuego, hay escritas estas palabras: *Riqueza, honor, orgullo*.

Jesus, sentado en una humilde llanura, cerca de Jerusalem, ofrece á todas las miradas la simpática y divina imagen de la paz y de la dulzura. Léese sobre su bandera: *Pobreza, oprobios, humildad*. Noble y valiente divisa! Jesus pide á sus soldados que propaguen á lo lejos su poder y beneficios.

Es preciso escojer. Es lo que se llama la meditacion de los dos estandartes. De un lado, se ofrecen los goces que dan la muerte, del otro los sacrificios que dan la vida.

Toda la meditacion de la tercera semana es de mostrar, por el ejemplo de

Jesucristo, el camino de obediencia, de pobreza y de humildad que es preciso seguir.

La cuarta semana tiene por objeto llenar el corazón todo entero del deseo de llegar á la perfectibilidad la mas completa por la revelacion de los celestes gozes de la vida perfecta.

El solitario concluye diciendo:

— Yo os doy, ó Dios mio, yo os consagro y os entrego por justa devolucion todo lo que soy, todo lo que tengo: mi libertad, mis recuerdos, mi pensamiento, mis afecciones, porque Vos me lo habeis dado todo.

Dios ha hecho del hombre el templo donde brilla su divina imagen. El hombre debe pues vivir de su vida, y vivir para él, unido sin cesar á su inmensidad siempre presente (1).

Los treinta días han transcurrido.

El hombre ya es otro hombre.

La meditacion le ha consagrado.

Un nuevo orden de cosas empieza entonces.

Llega el noviciado.

El novicio pasará dos años en un profundo retiro. Tendrá todo este tiempo para reflexionar, y este tiempo es necesario antes de enlazarse por votos irrevocables. Todo estudio le está prohibido durante este tiempo: solo el rezo, las meditaciones prolongadas, el estudio práctico de la perfeccion y sobre todo de la mas entera abnegacion de sí mismo; el uso familiar de los ejercicios espirituales y de la conversacion con Dios, el conocimiento de todo un mundo oculto en el fondo del alma y de toda una vida interior: esto es lo que llena las horas del noviciado.

Dos años han transcurrido; los votos están pronunciados; ha sonado la hora de los estudios.

San Ignacio quiere que cuando el fundamento de la abnegacion y del progreso necesario de las virtudes haya ya fijado al novicio, se trate entonces de construir el edificio de sus conocimientos. San Ignacio quiere entre los suyos hombres sólidamente instruidos, hombres que no se extravíen, que marchen con paso seguro y firme por las vías de la verdad, y á los que guíen siempre y conduzcan de la mano las sanas doctrinas; hombres que sepan todo lo que hay que saber, que se mantengan á la altura de la ciencia, que en todo, en historia, en física, en filosofía, en literatura, lo mismo que en teología, no queden rezagados de su siglo, sino que puedan seguir y hasta ayudarle en sus progresos.

(1) Ejercicios—El R. P. Ravignan.

Después de haber pasado por todos los trámites y grados que las *Constituciones* prescriben, el Jesuita pronuncia á mas de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia que tienen todas las órdenes monásticas, el de sumision la mas completa al papa en lo que respeta á las misiones.

Desde este instante ya sabe todo lo que ha de hacer. Debe ser indiferente á todos los lazos, á todos los empleos, á todas las situaciones: su general, que es perpetuo, le representa la imagen de Jesucristo; le debe una obediencia ciega, completa, absoluta.

Le dirá un dia:

— Mañana partireis para la China. La persecucion os espera y tambien el martirio.

Y él bajará la cabeza, murmurará: «Sí, padre,» y partirá, y será perseguido, y será mártir.

Tal es el hijo de Ignacio de Loyola.

Jamás vida mas activa, mas ardiente, mas llena de constancia y de fé en su objeto que la del fundador de los Jesuitas, ha llamado la atencion de un historiador.

Antes de bajar al sepulcro, Loyola pudo ver su religion estendida por todas partes, produciendo al mundo y á la religion inmensos beneficios.

Seis años después de confirmada la orden, abierto el primero de sus colegios en España bajo la proteccion de Francisco de Borja, duque de Gandía, Loyola quiso dar una prueba relevante y solemne que no permitiese poner en duda la sinceridad del voto de abnegacion y humildad de su orden, y que al mismo tiempo, segun aseguran sus biógrafos, preservase á sus compañeros del contagio de la ambicion.

Impetró y consiguió del papa la perpetua exclusion de los miembros de la Compañía de Jesus, de toda dignidad ó beneficio eclesiástico, obispados, abadías y otros. Esto le dió un carácter particular entre las demás órdenes, y granjeó á los Jesuitas el aprecio y favor del pueblo.

Por fin, Ignacio de Loyola iba á tocar al término de su carrera.

He ahí como un escritor describe sus últimos instantes:

«Agotado por las vigiliyas y por la enfermedad, veia sin palidecer adelantarse el instante de devolver á Dios la vida que de él habia recibido. En los primeros dias del mes de Julio de 1556, una mañana, cuando se encaminaba hácia una casa que habia comprado para la Compañía, cerca de Santa Balbina y de las termas de Antonino, sintió un ligero malestar. Prosiguió su camino, pero apenas llegado, epoderóse de él la fiebre, y se metió en cama. Al dia

siguiente, la enfermedad habia redoblado y, contra el parecer de los que le rodeaban, quiso levantarse. Aumentóse su debilidad durante el día, comulgó por la tarde, y pasó la noche tendido sobre su lecho. Lainez y otros dos religiosos se mantenian en pié á su lado. Encima su cabeza habia un crucifijo, á sus piés el libro de las *Constituciones* entreabierto; sobre una mesa, junto á su lecho veíase una esfera. Conociendo que el momento supremo se acercaba, Loyola se incorporó, indicó con el dedo á sus tres discípulos las *Constituciones*, y en seguida con voz que la muerte hacia sorda, murmuró, pero tan débilmente que apenas se oyeron, estas palabras: — Os lego el mundo!

«Y se durmió para la eternidad.»

«Se le enterró en el convento de Jesus, y se escribió sobre la piedra de su tumba este epitafio:

«*Quien quiera que seas que te representes la imagen del gran Pompeyo, de Cesar ó de Alejandro, abre los ojos, y verás bajo este marmol que Ignacio ha sido mas grande que todos estos conquistadores.*»

IV.

LOS HIJOS DE LOYOLA.

A los celosos apóstoles que, obreros de Dios, trabajaban contra las doctrinas de Lutero en Alemania, fueron á unirse bien pronto otros Jesuitas. Sus inmensos trabajos entonces, confunden la imaginacion; sus triunfos se sucedieron sin intervalo y el emperador Fernando II se vió obligado á confesar que á los dos Jesuitas Canisius y Hoffaeus, debia la fé una gran parte del imperio.

En seguida vinieron cien instituciones, cien colegios, cien universidades y



*Escultura de Ignacio de Loyola
en el convento de Jesus de Guipúzcoa*